

LA PUNTA DE LA LENGUA

El prestigio de las palabras

Álex Grijelmo



UNA MANO se alzó entre los cientos de asistentes a aquella asamblea izquierdista, en la Universidad del posfranquismo. Y el estudiante que pedía la palabra le dijo a quien acababa de intervenir desde la mesa presidencial: “Perdona, te voy a hacer una autocrítica”.

Algunas expresiones han adquirido un enorme prestigio con el paso de los años, como “autocrítica”. Pero la supuesta confesión se convierte en un engaño si no se trata de un acto de sinceridad y si no implica alguna rectificación a cargo del autor.

Esas palabras de prestigio se impregnan de respeto y bendicen todo cuanto tocan, pues llevan dentro connotaciones positivas, objetivas, ajenas al debate. Y que a veces nos engañan.

El término “evolución” figura también en ese grupo. Hallamos propuestas de evolución en el periodismo, en la arquitectura, en el lenguaje, en nuestra concepción de la vida. “Hay que evolucionar”, “Fulano no ha sabido evolucionar”, “el enfermo no evoluciona”, “el coche de Vettel lleva nuevas evoluciones”... Llama la atención que el verbo y el sustantivo (“evolucionar” y “evolución”) se apliquen casi siempre a desarrollos positivos, cuando el *Diccionario* no les otorga esa virtud. Quizás al valor meliorativo de “evolución” y “evolucionar” contribuya la mera existencia de “involución” y de “involucionar”. Sin embargo, tanto “evolucio-

cionar” como “involucionar” se refieren al desarrollo de algo hacia delante o hacia atrás, no necesariamente a su mejora o empeoramiento. Tal vez un enfermo desearía involucionar, por ejemplo: retroceder al momento en que estaba sano. “El idioma evoluciona”, se suele argüir como lugar común ante cualquier crítica de un neologismo. Pero, aunque casi hayamos excluido esa idea en el significado, se dan a menudo evoluciones negativas: el enfermo empeora, la ciudad se degrada, nuestro léxico se empobrece. Y ese prestigio de la palabra “evolución” hace que lo olvidemos.

Algunos términos del discurso político bendicen todo cuanto tocan.

Y a veces nos engañan

El término “auditoría” forma parte también del listado de vocablos prestigiosos. “Te voy a hacer una autocrítica” se asemeja en su sinrazón a “te voy a hacer una auditoría”, expresión esta parecida a las que a veces oímos en el debate político.

Ni la “auditoría” ni el “auditor” están bien definidos en el actual *Diccionario*, que se refiere así a la auditoría contable: “Revisión de la contabilidad de una empresa, de una sociedad, etcétera, realizada por un auditor”. Pero luego el concepto de auditor

no queda muy delimitado: “Que realiza auditorías”.

La Academia resolverá el problema para la siguiente edición, en la que prevé redefinir de este modo la voz auditoría: “Revisión y verificación de las cuentas y de la situación económica de una empresa, realizada *por un experto independiente*”.

Y ahí está la clave: en la independencia de quien se encargue del trabajo; porque en eso radica el prestigio de “auditoría”. Por tanto, las auditorías contra un adversario y las “auditorías internas” de las que últimamente oímos hablar aprovechan el prestigio de la palabra para manipularla.

El auditor, además, si atendemos al origen del término (*auditor*, -oris), debe escuchar a unos y otros, enterarse bien. Los discípulos recibían en la Roma antigua el nombre de “auditores”, pues prestaban atención continua a su maestro. “Oír” y “enterarse” andaban entonces de la mano, y una expresión como *audisti de malis nostris* significaba “ya estás enterado de nuestras desgracias” (*Diccionario Vox*, 1990).

“Auditoría”, “evolución”, “sostenible”, “autocrítica”, “crecimiento”, “racionalizar”, “transparencia”... son vocablos de prestigio. Como la palabra “futuro”. Quién puede cuestionarla, si en ella volcamos todos los deseos. Después, el propio futuro decidirá por su cuenta, y reducirá nuestra capacidad de someterlo a solo aquello que realmente dependía de nosotros mismos. Pero mientras tanto, su prestigio nos seduce en el discurso político y en sus ofertas.

Por eso quizás convenga que, cuando nos regalen esos términos para endulzar una frase, nos fijemos bien en las palabras amargas que haya su alrededor. •